

Sesión 3 De la Teología a la pedagogía de la religión

Martes 9 de marzo de 2021
17:30 a 19:30

UNA BUENA PRÁCTICA

LA TEOLOGÍA A TRAVÉS DEL ARTE

María José Muñoz López

Directora del Museo Diocesano de Córdoba.

Autora de *Páginas de piedra. Una lectura de las catedrales españolas*

En estos tiempos de oscuridad todos estamos sedientos de belleza. La belleza es el lenguaje con el que Dios se dirige al ser humano. Dostoievski, en su obra *El Idiota*, intuía proféticamente: La belleza salvará al mundo. Esa misma intuición ha conducido a la Iglesia a cultivar la capacidad del arte y la belleza para mostrar al mundo las verdades de la fe, con más eficacia que la metafísica o la ética.

El teólogo dominico P. Marie Dominique Chenu, afirmaba que el historiador de la teología haría un trabajo incompleto si no atendiera a las realizaciones artísticas, a las que consideraba verdaderos “lugares teológicos”.

El Cardenal Danneels afirmaba durante el Jubileo de Artistas del 2000 en Roma:

“Me pregunto si la belleza no es el camino por excelencia para encontrar a Dios. Dios es evidentemente, verdad, bondad y belleza. Aunque si Dios es verdad, no creo que nuestros contemporáneos, entren fácilmente por este camino (...) ¿Qué es la verdad? Somos todos pequeños Pilatos que se preguntan esto (...) Ahora, llegar a Dios a través de la puerta de lo bueno y del bien hoy es más difícil (...) Un Dios perfecto nos desanima y un Dios verdadero nos sobrepasa. Pero si entramos por la puerta de la Belleza, cae toda resistencia. Probad con los jóvenes. Habladles de Dios como fuente de lo verdadero, de la gran verdad: todos duermen. Habladles de Dios como ejemplo de moralidad: se ponen de mal humor. Pero mostradles que Dios es belleza, en su Biblia, en su creación, en el hombre, en la pareja, en Jesús, en las obras de arte, en la historia del arte, en los iconos, en el arte del Renacimiento, en las pequeñas iglesias románicas, mostradles la belleza de Dios diciendo que él es la belleza misma, no afirmo que se convertirán todos, pero al menos no habrá resistencia”.

El reto para el profesor de religión, como para cualquier cristiano, es vivir una vida verdaderamente bella, y ayudar al alumno a encontrar la belleza que lo rodea. Ese es su mejor recurso, por encima de cualquier técnica.

El desarrollo de la vida cristiana ha generado un impresionante legado cultural. El misterio de Cristo se ha expresado en incontables manifestaciones artísticas, muchas propiciadas por los sacramentos, otras debidas a prácticas devocionales, o poniendo rostro al inmenso vocabulario que aporta la Sagrada Escritura; ellas han escrito el guión de un relato lleno de belleza, de verdad y de bien.

Evangelio y arte han protagonizado una historia de amor que ha dado frutos preciosos a lo largo de los siglos. Cuando sólo unos pocos fieles sabían leer, la Iglesia encontró vías como la imagen artística y la música. El pueblo aprendía teología labrada en los muros de las iglesias mejor que en un libro abierto. El arte se esposaba con la comunidad cristiana en una alianza fecunda.

Esta no es una historia del pasado. Hoy, más que nunca, el arte tiene la misión de descubrir la belleza que hay en el mundo y mostrarla al hombre como invitación a la alegría y esperanza. La vida cristiana no es un comportamiento moral, ni un conjunto de reglas a cumplir, sino una Buena Noticia, una fiesta a disfrutar en la que el arte tiene un papel insustituible.

El verdadero arte cristiano nunca se repliega sobre sí mismo, ni se extingue en la autocomplacencia, sino que obedece a la vocación de salir de sí mismo. Es un arte "en salida", en palabras del Papa Francisco. Recibe su razón de ser dando pleno sentido al entorno que lo rodea. Es un anuncio celeste que refuerza lo mejor de lo que es capaz el ser humano. Traza un camino hacia Dios que el hombre puede recorrer.

El arte es un atrio de los gentiles que interpela también a los no creyentes. Incluso los enemigos de la Iglesia son conscientes del poder de la imagen artística para expresar el credo; la triste práctica de la destrucción de imágenes asociada a episodios de violencia contra la fe es un buen exponente de esta realidad. Pero mucho más frecuente es la postura opuesta; multitud de personas se sienten atraídas con un respeto reverencial por las obras de arte fruto de la fe, y no rechazan explorar su significado religioso, aunque no lo compartan. Incluso hay célebres casos de conversiones suscitadas gracias al encuentro con el arte, como el de Paul Claudel, García Morente o Etsuro Sotoo.

Un caso emblemático de la alianza entre el arte y la fe nos lo brinda la arquitectura sagrada. Catedrales, monasterios o iglesias sencillas son testigos vivos de una historia de la que formamos parte; solo tenemos que detenernos a mirarlas y escucharlas, disfrutarlas con las claves adecuadas. Si nos dejamos envolver por su lenguaje, contagiaremos a nuestros jóvenes, incluso aunque no estén muy predispuestos. Ellos viven una realidad diaria en la que es difícil encontrarse a sí mismos. Pero aunque vivan alienados, tienen sed de Absoluto y no saben dónde buscarlo.

Nuestros recintos sagrados, tan cercanos a nosotros, son capaces de responder a la búsqueda de infinito. Sin embargo, malgastamos su visita con relatos que obedecen a la misma lógica estéril del mundo que vivimos. Las presentamos como monumentos, piedras muertas que no tienen nada que contarnos de nosotros mismos. No somos conscientes de que son "montañas sagradas", signos del amor y de la paciencia de Dios en el corazón de la ciudad. Si se saben contemplar, estas edificaciones dan acceso a un espacio y un tiempo diferentes, sorprenden con su autenticidad y simbolismo. Sumergidos en su arquitectura, pronto cobran protagonismo las obras de arte, retablos, rostros de imágenes pintadas y esculpidas, objetos, inscripciones y signos misteriosos. Nunca es mera ornamentación, late el celo por traducir la complicada teología en imágenes que toquen el corazón.

Desentrañar estos mensajes ocultos rebosa un atractivo que he podido experimentar personalmente durante mis visitas guiadas con profesores y alumnos. En estos espacios sagrados, bellos libros escritos en páginas de piedra, se puede recorrer el currículo completo de la asignatura de Religión, aprender Sagrada Escritura, historia de la Iglesia, el sentido de la vida, valores humanos, el hecho religioso, moral, sacramentos, la Revelación, el Dios trinitario... Es una especie de compendio de la fe, de catecismo labrado.

Sería un reto precioso para el nuevo currículo de la asignatura de Religión Católica incorporar el arte transversalmente, hacerlo formar parte de cada uno de los temas a desarrollar. Podemos soñar con un libro de texto que se atreviera a situar el arte como columna vertebral en torno a la cual se articule el temario de Religión.

San Juan Damasceno ya escribía en el siglo VIII: *Si viene un pagano y te dice: ¡Muéstrame tu fe! Llévalo a la iglesia y enséñale la decoración con que está adornado, y explícale la serie de imágenes sagradas.*

En el recorrido por el arte cristiano puede leerse la historia de la comunidad eclesial y de cada uno de nosotros. Pero para poder mostrarlo a los alumnos, primero hay que vivirlo. El profesor de religión es el interlocutor idóneo para vivir esta aventura con sus alumnos y compartirla con otros profesores. Porque el arte no es un producto de consumo, sino un modo concreto de acercamiento a la realidad del mundo y del ser humano. En esta búsqueda, el profesor de religión es un experto.

Si acompañamos a los jóvenes en este sendero, acabaremos cruzando muchas fronteras. Ellos saben que el arte no se limita a la arquitectura, escultura, orfebrería o pintura. La expresión artística alcanza la literatura, poesía, liturgia, música, fotografía, cine, diseño digital e incluso la moda. Acercarlos insistentemente a cualquier forma de arte significa pregonar que el mundo es bello, les abre los ojos a la belleza de su propia vida.

He tenido la alegría de vivir muchas veces esta experiencia. Sobre todo la he compartido con profesores en Delegaciones Diocesanas de Enseñanza, Centros de Profesores, con la Fundación SM... He disfrutado del proceso de descubrimiento de este diálogo entre el arte y la fe, a través de la mirada asombrada de muchos docentes.

Aunque les confieso que la experiencia más bella de mi vida la tuve en Colombia, trabajando junto a niños y jóvenes del Colegio San José de Bogotá. Para mí fue un impacto contemplar cómo chicos y chicas de todas las edades se sumergían conmovidos en el lenguaje artístico. Fui testigo de cómo el arte cristiano despertaba en ellos inquietudes profundas sobre aspectos muy concretos de su vida. En un contexto en el que no tienen el arte tan “a mano” como en Europa, les tocaba el corazón. En España vivimos tan rodeados de arte que se nos olvida el valor inmenso de tener junto a nosotros este tesoro. Aquellos jóvenes colombianos me enseñaron a descubrirlo.

Me animaba una amiga a que intentase aportar algunas claves para trasladar esta experiencia al aula, marcar directrices para enseñar a contemplar la obra de arte. ¡Qué difícil!, necesitaría mucho más que unas líneas, y no creo que exista una receta a aplicar. Pero me atrevería a trazar una dirección hacia la que dirigir los primeros pasos, sin pretender ser un decálogo:

- 1) entusiasmarse personalmente con el descubrimiento de la belleza y del arte (sólo desde la propia experiencia el profesor podrá “contagiar” al alumno)
- 2) escoger bien la obra de arte a presentar, comenzando por la más accesible y familiar
- 3) favorecer un clima de contemplación, si es posible “in situ”, frente a la obra de arte

- 4) priorizar el método inductivo (avanzando de lo particular a lo general), combinándolo con el deductivo y el analógico
- 5) situar la obra en el contexto sociocultural originario y ponerlo en diálogo con el entorno del alumnado
- 6) localizar materiales que ayuden a profundizar en los significados (si no existen, prepararlos)
- 7) descifrar la hermenéutica del espacio, la estructura, técnica, composición, recursos plásticos, iconografía, simbolismos, personajes...
- 8) no pretender explicarlo todo, dejar espacio para el misterio y el asombro
- 9) implicar activamente al alumno, animarlo a que se deje interpelar, abrazar por la obra de arte
- 10) Suscitar una respuesta personal

Si históricamente fue la teología la que gestó y otorgó sentido al arte, hoy es el arte cristiano el que tantas veces nos ayuda a descifrar un mensaje milenario que viene a iluminar nuestras vidas.

Concluyo con una frase de la *Carta a los artistas* de San Juan Pablo II: *toda forma auténtica de arte es, a su modo, una vía de acceso a la realidad más profunda del hombre y del mundo. Por ello, constituye un acercamiento muy válido al horizonte de la fe, donde la vicisitud humana encuentra su interpretación completa.*

El idilio entre teología y arte se ha consumado.